

CERCA
RODRÍGUEZ SILVA: PINTURA MUY SENSIBLE
HOJA DE SALA

Rodríguez Silva parece sólo un pintor. Pero no lo es. Frente a la acción creativa podremos distinguir claramente en su actitud dos cualidades distintivas. La responsabilidad del artista, por un lado, que se despliega paralelamente en tres procesos administrativos: la administración de la mirada, la administración de la dimensión y la administración de la materia. Y la conciencia como artista, en la que pueden ser distinguidas, consecutivamente, la conciencia del creador como mediador entre pares de categorías antagónicas (Reflexión-Acción, Visualidad-Tactilidad, Estética-Ética...); la conciencia de todo autor de hallarse situado en una eterna posición de deseo insatisfecho, que le hace transitar por una situación de permanente esclavitud sólo a partir de la cual puede hallar su realización personal y creativa; y la conciencia de que todo proceso propedeútico artístico es, a un tiempo, aditivo y adictivo.

Hoy, cuando la primacía en los procesos de información la ostentan esas técnicas aditivas -y, más aún, las ideas aditivas-, la senda extractiva emprendida por Rodríguez Silva resulta un camino demasiado agreste y solitario. Parece lógico. Resulta alentador. Bombardeados por imágenes, acuciados por la irrefrenable necesidad de consumir, perdido todo valor por lo objetual y lo material -aunque esta sociedad nuestra se cimiente en la acumulación, he ahí la causa de esa defeción en los parámetros de apreciación-, resulta muy sencillo crear por aglutinación, por acarreo, por revisión y recuperación, por apropiación más o menos indebida, siendo mucho más difícil -por requerir una capacidad crítica mucho mayor- el hecho de ir eliminando capas de brillos superfluos hasta alcanzar un estado de esencialidad poco abundante hoy día.

La concisión, la sensibilidad, la emoción, la concreta eliminación de lo coyuntural, la experimentación desde el interior de lo pictórico con conceptos como fluencia, contraste, límite, modulación e instalatividad, constituyen unas opciones arriesgadas que deparan cierta incompreensión en el círculo mercantil y endogámico en el que han quedado aprisionadas, desgraciadamente, las artes plásticas...

Es ahí donde el título cobra singular importancia. Cerca en tanto que delimitación y frontera. Asimilamos la cerca con un vallado que delimita un espacio. Un enmarcado que otorga carta de naturaleza a lo que queda dentro de sus márgenes y discrimina todo lo que se extiende fuera de ellos. Pero a

veces la cerca se rompe, se derrumban algunos de sus tramos. Es entonces cuando el temor a lo desconocido anida al tiempo que las oportunidades para ampliar horizontes aumentan. El granjero lo sabe, el Estado lo sabe, los artistas lo saben.

Pero cerca implica también contacto. Estar cerca. Mirar de cerca. Auscultar nuestro entorno desde la mínima cercanía. Otros sentidos se activan: el olfato, el tacto, el gusto, el oído. Lo que miramos en nada se parece a lo que mirábamos. Lo que mirábamos ahora lo olemos, lo tocamos, lo lamemos, lo escuchamos. Y la pintura deja de ser pintura. O lo es tal vez más.

Iván de la Torre Amerighi